



## LA ADOLESCENCIA DETERIORADA: SUBJETIVACIÓN DE LA ADOLESCENCIA EN PERSONAS EN SITUACIÓN DE DISCAPACIDAD

**Andrés Amariles Villegas**

Estudiante del Programa de Psicología  
Funlam

*Todo ser viviente debe morir un poco todos los días. Es decir, debe mutar; padecer la pequeña muerte celular que renueva y da vida. Nosotros, los adultos, perdemos cada día un poco de nosotros mismos, de manera incesante e inadvertida. Cuánto más terrible ha de ser este fenómeno en el adolescente, en quien todo tiene que cambiar a la vez, violentamente: el cuerpo debe desmembrarse, la infancia irse, y la cabeza, mareada, debe reconquistar penosamente su poder sobre el cuerpo.*  
Juan David Nasio.

### Resumen

La llegada a la adolescencia plantea un panorama en el cual, a pesar de todas las trabas y paradojas que le presentan los adultos, la tarea principal es afrontar las pérdidas normales de esta etapa de la vida y hacerse a un lugar independiente en el mundo. Este artículo pretende hacer una reflexión sobre lo que sucede con aquellos sujetos a los que, por una marca, condición o característica se les dificulta, niega o impide esta transición “normal”. Me refiero, pues, a la subjetivación de la adolescencia de las personas en situación de discapacidad.

Antes de desarrollar este artículo es pertinente aclarar que no puede hablarse realmente de La adolescencia ni de La discapacidad, en singular, ya que si bien existen construcciones teóricas que abordan estas categorías, en la realidad ambas están atravesadas por la historia, el contexto y la subjetividad y por ello son asumidas y vivenciadas por cada sujeto de manera diferente. Así pues, debería hablarse de adolescencias y de discapacidades, en plural, entendiendo que estos fenómenos toman sentido en la historia personal

relevante de cada ser. No obstante, por cuestiones prácticas y con el objetivo de realizar una reflexión sobre el tema, se expondrán los conceptos en singular, pretendiendo abarcar las características que en la teoría suelen ser comunes al abordarlos.

La adolescencia es un momento evolutivo que, en términos generales, se caracteriza por ser un periodo de transición entre la infancia y la adultez. Comúnmente ha tendido a pensarse en términos cronológicos, llegando incluso a asociársele con un espacio temporal, fijo y normal en todos los sujetos. La Organización Mundial de la Salud, por ejemplo, estipula que la adolescencia es la etapa de la vida comprendida entre los 10 y los 19 años<sup>1</sup>, mientras que el Código de la Infancia y adolescencia en Colombia designa que adolescente es aquella persona que se encuentra en un rango de edad entre los 12 y los 18 años.<sup>2</sup>

Esta concepción tiene en cuenta exclusivamente la emergencia biológica que aparece con la llegada de la pubertad, momento en el cual los sujetos comienzan a atravesar una serie de cambios corporales que están relacionados directamente con la transformación del cuerpo, la maduración sexual y la capacidad reproductiva.

No obstante, esta perspectiva se queda corta cuando, en el día a día, se pueden observar sujetos que psicológicamente se comportan de una manera diferente a lo que se espera de su momento evolutivo. Por ejemplo, aquellas personas que a pesar de tener capacidad reproductiva y haber atravesado por cambios corporales teóricamente propios de la adolescencia, actúan de manera dependiente, infantilizada y pueril, características atribuidas a la niñez.

Si el desarrollo fisiológico y los cambios corporales en el sujeto no son elementos suficientes para explicar la adolescencia, ¿de qué hablamos entonces cuando nos referimos a este momento evolutivo?

El psicoanálisis nos ha enseñado que la adolescencia, más que un momento cronológico, es un acontecimiento lógico y subjetivo que tiene que ver con la

---

<sup>1</sup> Recuperado de [http://www.who.int/topics/adolescent\\_health/es/](http://www.who.int/topics/adolescent_health/es/)

<sup>2</sup> Recuperado de <http://www.icbf.gov.co/portal/page/portal/PortalICBF/Especiales/SRPA/CiYA-Ley-1098-de-2006.pdf>

forma en la que cada sujeto tramita y elabora los cambios que acontecen en su cuerpo y las formas de relación que comienza a establecer consigo mismo y con el mundo debido a estas transformaciones.

Así pues, no existe un rango temporal exacto que englobe este momento del desarrollo ya que cada adolescencia es diferente. Por más que se parezcan las manifestaciones corporales de ésta, no existen dos formas similares de vivirla. Cada sujeto, gracias su historia particular y al patrón relacional desde el cual se vincula con los otros, elabora una forma determinada de tramitarla: un síntoma a través del cual lidia con ella y se hace a un lugar en el mundo como adolescente.

De acuerdo con Aberastury y Knobel (1977) la adolescencia tiene como característica principal la reformulación de los conceptos que el sujeto tiene sobre sí mismo, el abandono de su autoimagen infantil y la proyección en el futuro como seres adultos, es decir como sujetos productivos y reproductivos. Estos autores sostienen que en la adolescencia el sujeto se ve enfrentado a tres duelos que tienen un impacto significativo en la (re)formación de su identidad: el duelo por el cuerpo infantil perdido, el duelo por la caída de la imagen idealizada de los padres y el duelo por la bisexualidad infantil. La elaboración de estos duelos da como resultado la adquisición de una identidad propia, separada en términos físicos y psicológicos de las figuras paternas.

En la misma vía Erikson (1972) plantea que al final de la adolescencia y empezando la vida adulta se genera una *crisis de identidad* en la cual hay un enfrentamiento subjetivo entre la intimidad y el aislamiento. En este momento se espera que normalmente los sujetos se independicen de sus padres y empiecen a funcionar con mayor autonomía, relacionándose principalmente con sus pares: esto es, que empiecen a circular como sujetos autónomos en diferentes contextos. Se espera, además, que el sujeto adolescente empiece algún tipo de trabajo productivo y establezca relaciones íntimas, trasladando la exploración de la sexualidad del autoerotismo al encuentro con un otro.

En lo planteado anteriormente se describe un panorama en el cual, a pesar de todas las trabas y paradojas que le presentan los adultos, el adolescente tiene como tarea principal afrontar las pérdidas normales de esta etapa de su vida y

hacerse a un lugar independiente en el mundo. Entonces, ¿qué sucede con aquellos sujetos a los que, por una marca, condición o característica se les dificulta, niega, impide esta transición “normal”? Me refiero, pues, a los sujetos en situación de discapacidad.

La Organización Mundial de la Salud (OMS) define la discapacidad como un “término general que abarca las deficiencias, las limitaciones de la actividad y las restricciones de la participación. Las deficiencias son problemas que afectan a una estructura o función corporal; las limitaciones de la actividad son dificultades para ejecutar acciones o tareas, y las restricciones de la participación son problemas para participar en situaciones vitales.”<sup>3</sup>

Sin embargo, basta con hacer una revisión en las interacciones que se presentan en la cotidianidad para evidenciar cómo diferentes situaciones que cumplen con estos criterios son considerados como normales y no reciben el calificativo de discapacidad. Por ejemplo, siguiendo a Silberkasten (2014) una persona que padezca diabetes o asma presenta una deficiencia corporal, puesto que alguna de sus funciones orgánicas manifiesta alguna afectación, tanto así que tienen que apoyarse de elementos externos (la insulina o el inhalador) para poder subsistir; de igual manera se ven restringidos para realizar diferentes actividades, como comer dulces en el caso de la diabetes o practicar deportes, en el caso del sujeto asmático.

Entonces, ¿cuál es la diferencia entre estos sujetos y las personas que nacieron o adquirieron diferentes condiciones como la limitación visual, auditiva, cognitiva o motora que sí son considerados *a priori*, en situación de discapacidad?

La respuesta, dice Silberkasten (2014) tiene que ver con el sistema de producción que rige la lógica actual. Cada sociedad ha definido históricamente la discapacidad dependiendo del sistema de producción que ha primado en su contexto. En la contemporaneidad los sujetos se ven inmersos y controlados por la lógica capitalista que concibe la discapacidad desde una perspectiva materialista. Lo que define a alguien como capacitado o discapacitado en

---

<sup>3</sup> Recuperado de <http://www.who.int/topics/disabilities/es/>

nuestro contexto es la posibilidad de inserción que tenga este sujeto en el sistema de producción y de ser considerado por el Otro como un ente productivo.

Las instituciones y espacios sociales en los que normalmente interactúan los adolescentes (la escuela, la universidad, los lugares de ocio) son escenarios de intercambio en los que los sujetos circulan por fuera del contexto familiar y que los preparan para ser arrojados más adelante a la vida productiva. Estas dinámicas son, en la mayoría de los casos, excluyentes puesto que en cuestiones metodológicas, arquitectónicas y procedimentales suelen estar diseñadas exclusivamente para el adolescente considerado “normal”, dejando de lado la participación e interacción de los sujetos en situación de discapacidad.

Los adolescentes en situación de discapacidad suelen identificarse con este mandato social y no encuentran la forma para circular en los contextos y sistemas de intercambio, convirtiéndose así en sujetos fijados al contexto primario: la familia.

Autores como Erikson y Aberastury han demostrado cómo en la contemporaneidad se han constituido dos salidas o caminos que marcan la transición entre la adolescencia y la adultez y que le permiten a los sujetos tramitar los duelos generados en este momento evolutivo y superar la crisis de identidad. Estos son: el comienzo de actividades productivas o la inserción laboral y el establecimiento de relaciones afectivas.

El mandato actual generalmente impide que estos adolescentes puedan acceder a escenarios en los que se alcanzan estos logros. Así pues la forma en cómo serán categorizados por el Otro será diferente a la de sus pares, generando un impacto en la percepción del sí mismo de estos sujetos y del lugar que asumen y ocupan en el mundo.

Se crea entonces un circuito relacional en el que se trata erróneamente a este sujeto como un eterno niño, como si estuviera anclado a una fase anterior del desarrollo, concibiéndolo de manera similar a como socialmente se piensa al sujeto infantil: asexual, dependiente y vulnerable. Este fenómeno suele generarse desde las familias a través de los discursos, prácticas y rituales que

se establecen. Por ejemplo la forma de nombrarlos (el niño, la niña, la bebé), los espacios que se le asignan, muchas veces compartidos con los padres o hermanos y la presencia constante de un yo auxiliar en actividades que suelen ser de carácter íntimo y personal.

Es por esto que generalmente a las personas en situación de discapacidad se les vulnera la intimidad. Por lo tanto, se privan de las posibilidades que aparecen con los cambios evolutivos y se desconocen las potencialidades que podrían desarrollar. De igual manera, los familiares tienden a pensar que, al haber una deficiencia orgánica - algunas veces deficiencia reproductora - estos sujetos son privados totalmente de deseo sexual y se consideran como niños inocentes, cuerpos deteriorados o sujetos sin rendimiento. Y si, por otro lado, demuestran algún interés en lo sexual se tratan como perversos, desinhibidos o con estímulos sexuales incontrolados.

Es en la adolescencia donde los sujetos en situación de discapacidad perciben de manera más cruda y real la brecha subjetiva que los separa del resto de sus pares. En la infancia no está presente de forma tan marcada el despertar corporal ni el imperativo social de circular -es decir, de producir y reproducirse-, por lo cual podríamos decir que el niño pasa desapercibido y tiene mayores posibilidades de interactuar ya que es, de alguna manera, tan dependiente como el resto de sus pares. Además, en la infancia no se reprocha ni se cuestiona la presencia constante del yo auxiliar que proporciona el cuidador, que lo sostiene física y emocionalmente en sus interacciones, cosa que en la adolescencia resulta para los demás como algo curioso, particular y, en algunos casos, incómodo.

Algunos de estos adolescentes terminan desarrollando grandes sentimientos de inferioridad que los llevan a interiorizar la convicción de no ser aceptados por otros, de ser rechazados y en cualquier caso de no poder alcanzar relaciones significativas con los demás. Los llamados “duelos de la adolescencia” son más difíciles de tramitar puesto que debido a sus particularidades en muchos casos no puede haber una separación real de los padres, imposibilitando la desidealización de los mismos, pues aunque puedan surgir sentimientos de odio o ambivalencia, la separación real pareciera ser imposible de realizar.

Caso similar sucede con el duelo por el cuerpo de niño perdido, ya que algunos de estos adolescentes se identifican con el lugar de infantes atribuidos por el Otro o, al no poder explorar su cuerpo con un par, no saben qué hacer con los cambios físicos que se presentan; es decir, son conscientes de las transformaciones que aparecen en el organismo pero se les hace difícil hacerse a, es decir, construir un cuerpo adolescente que devendrá adulto. Y al no poder explorar la sexualidad con un otro real, se ven sumergidos en muchos casos en un continuo autoerotismo.

Es sabido que en esta etapa es esperado que se incremente la curiosidad sexual y que se hagan comunes experiencias exploratorias con los pares. Entonces, al no tener esta oportunidad, suele suceder que acudan a prácticas como la pornografía, el exhibicionismo y el voyerismo, medios accesibles que encuentran para acceder a un otro a través de las fantasías, sirviendo de suplencia mientras acontece el acto real. Podríamos decir que estos sujetos al no poder superar la “crisis de la adolescencia” se convierten entonces en adolescentes en crisis.

Algunos jóvenes en situación de discapacidad logran hacerse a un lugar en el Otro y transgreden lo que pareciera ser para ellos un mandato social. Se insertan en los escenarios de interacción y participan activamente en las instituciones sociales. Lamentablemente son pocas las excepciones y corresponden tal vez a los más “funcionales” que pueden adherirse fácilmente a la lógica de producción.

Según cifras del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (Dane), en Colombia hay 2'624.898 personas con discapacidad, lo que equivale al 6,3% del total de la población.<sup>4</sup> Una cifra alarmante si pensamos en cuántas personas en situación de discapacidad interactúan normalmente con nosotros en los colegios, en las universidades, en las empresas, en los parques, en el transporte público, en los cines, en los moteles, en las discotecas. Podríamos, sin duda, contarlos con los dedos de las manos. Entonces, ¿dónde están los demás? Tal vez anclados en su única circulación posible: la familiar.

---

<sup>4</sup> Tomado de <http://www.vanguardia.com/actualidad/colombia/293839-ni-el-gobierno-sabe-cuantos-discapacitados-hay-en-colombia>

¿Qué hacer entonces para generar nuevas oportunidades de circulación en estas personas? La solución puede estar en propiciar nuevas lógicas de inserción productiva para las personas en situación de discapacidad. Ampliar la oferta laboral teniendo en cuenta sus limitaciones y potencialidades. Pensar la inclusión no sólo desde lo arquitectónico - que es sumamente importante - sino también desde el lenguaje, la manera en la que los nombramos, en la que nos dirigimos a ellos, los describimos y los creamos como sujetos. Ampliar y permitir las oportunidades y ofertas a las que puedan tener acceso en diferentes contextos: la escuela, el trabajo, los espacios de ocio. Desmitificar asuntos como la sexualidad y entender que el erotismo no se difumina, que el deseo no hace excepciones.

Y, lo más importante, desmontar la falacia del niño eterno, reconocer a los adolescentes en situación de discapacidad como lo que son: adolescentes; sujetos con angustias, problemas y dificultades particulares pero también con deseos, saberes y sueños que no deben ser despreciados ni desdibujados por no pertenecer a la supuesta “normalidad” sino entendidos en su propio contexto particular.

### **Bibliografía**

- Aberastury, A & Knobel, M (1977) *El síndrome de la adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico*. Buenos Aires: Paidós
- Baldoro, J., Govili, G. & Valgimigli, C. (2006) *La sexualidad del deficiente*. Barcelona: Ceac
- Erikson, E (1972) *Sociedad y adolescencia*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Silberkasten, M. (2006) *La Construcción Imaginaria de la Discapacidad*. Buenos Aires: Topía Editorial.